

Para el Premio Ejército del Aire 2019

Creación literaria

Cielo de verano

El mundo deja de ser una masa blanca y húmeda que lo envuelve todo y el sol brilla de nuevo, poderoso, a su espalda. El viento arrastra la humedad condensada en las alas y el fuselaje y la convierte en una fina llovizna, una miríada de pequeñas gotas que brillan un instante a la luz del sol, un pequeño espectáculo que en otro momento podría parecer hermoso, pero ya da un brusco tirón a la derecha en la palanca de mando y el horizonte se inclina mientras otea a su alrededor, inquieto. Nadie. Cuenta mentalmente hasta cinco y vuelve a empujar la palanca de mando a la derecha y atrás al mismo tiempo que da un leve empujón al mando de gases. Ahora el horizonte se inclina un poco menos y se queda más abajo, y vuelve a girar la cabeza en todas direcciones, escudriñando a estribor, desde donde el sol brilla, cegador. Tampoco hay nadie, está completamente solo en el cielo, al fin. Respira hondo por primera vez desde que todo había empezado —¿hacía diez minutos, media hora, una vida? —, y se permite aflojar la mano agarrotada en la palanca de mando, sintiendo el desagradable cosquilleo que le produce su sangre volviendo a circular libremente por sus venas. Vuelve a dar una ojeada alrededor, que le confirma de nuevo que es el único en ese sector del cielo, y aprovecha el giro de la cabeza para aliviar la tensión en su cuello y espalda. Siente el mono blanco empapado, pero no por la humedad de la nube que acaba de abandonar sino desde dentro por un incómodo sudor frío y viscoso que hace que se tenga que ajustar las cinchas del atalaje que siente resbalar sobre la piel.

El sol se refleja con fuerza en la superficie metálica del carenado y en su mente aún embotada lo asocia a unos versos que ha leído tal vez de niño: *el ciego sol se estrella en las duras aristas de las armas, el ciego sol se estrella en las duras aristas de las armas*, se repite una y otra vez, alejando de su mente

cualquier otro pensamiento que no sea el de mantener el avión en vuelo y dejarse ganar por la agradable lasitud que empieza a adueñarse de sus miembros. *El ciego sol se estrella en las duras aristas de las armas*, vuelve a repetirse y ahora sí acaba de recordar, *llaga de luz los petos y espaldares y flamea en las puntas de las lanzas* y en su memoria asocia ese verso a un grabado con caballeros de armadura y una niña rubia harapienta, a una vieja pizarra y pupitres con tinteros, a las lecciones de su niñez y la voz de aquel don Marcial de larga barba gris y guardapolvo, *tres por tres nueve, tres por cuatro doce, Cabo de Gata, de la Nao y de San Antonio, Ataúlfo, Sigerico, Walia, Teodoro, el ciego sol se estrella*, y de pronto la voz y el rostro del viejo maestro se rejuvenecen y la oscura aula de las Escuelas Pías de Alcira se convierte en la sala de la Escuela de Pilotaje de Alcalá y es la voz de Joaquín la que le advierte: *nunca vuelas más de cinco segundos recto y nivelado*.

La flojedad lo abandona con brusquedad, da un tirón a la palanca, esta vez a la izquierda, y vuelve a mirar en todas direcciones en busca de una sombra, de un destello que altere la quietud azul. *Imbécil*, se insulta entre dientes, *pedazo de imbécil*. Culmina la maniobra y mira por el retrovisor la nube de la que acaba de salir: blanca y poderosa, sigue creciendo anclada a la ladera de la sierra con una promesa de lluvia sobre la tierra requemada. Ha sido un espléndido refugio, pero vuelve a echarle una ojeada recelosa; aunque la ha dejado ya atrás, aún podría salir de ella alguien: Arrieta, el Breguet que estaba escoltando, algún enemigo. Piensa en esa última palabra y no puede más que reír entre dientes, una risa amarga de hiel.

Enemigo.

¿Quién? ¿De qué enemigo está hablando? ¿Es Joaquín, su gran amigo Joaquín que le había enseñado todo lo que sabía sobre maniobras de combate? ¿El sargento Lacalle, tan callado y reservado, que tantas veces había volado a su izquierda en las formaciones? ¿Ramón, al que todos han considerado un héroe desde el maravilloso *raid* a Buenos Aires?

Enemigos...

Qué sinsentido aplicar ese nombre a quienes tantas veces ha considerado más que unos hermanos, a los que a su lado vieron tantas veces amanecer sobre el Gurugú desde Mar Chica o Nador antes de uno de aquellos servicios en los que la muerte acechaba en cada ladera bajo la forma de los *pacos* moros. Considerar enemigos a quienes han apurado la juventud y la vida junto a él entre misión y misión, con ese sentimiento de hermandad que sólo quienes desafían día a día al azar del vuelo, de las rachas de viento repentinas y la dudosa mecánica pueden comprender.

Enemigos...

Una sombra oscura llama su atención a la derecha. Una columna de humo negro crece vertical desde uno de los incontables olivares que cubren la tierra amarillenta de líneas y líneas de ordenadas motas de color verde oscuro. Vira y desciende, cuidadosamente, manteniendo un régimen de motor que le permita acelerar y retomar altura. Un cosquilleo de ansiedad comienza a manifestarse en el pecho y la garganta, incómodo, porque ya distingue que la columna de humo nace de los restos de un avión. Da un par de vueltas sobre los restos en llamas y saca la cabeza de la protección del parabrisas, sintiendo en el rostro cómo a esa altitud el chorro del aire se ha vuelto denso y caliente. Empuña firme

la palanca de gases y mira hacia abajo y la derecha, más allá de la pequeña ala inferior del Nieuport y puede verlo con claridad: el avión en llamas es un Breguet. El aparato ha ardido casi por completo, y mientras las alas aún muestran las escarapelas con los colores de la bandera observa que del fuselaje no queda nada reconocible: ni matrícula, ni emblema del Grupo ni, y esto hace que sienta un profundo escalofrío, los dos tripulantes que apenas son una sombra oscura recortada entre las llamas.

Un repiqueteo metálico suena sobre el bramido del motor y hace que dé un fuerte tirón a la palanca, ganando altura. Están disparándole, pero esta vez no se trata de otro avión sino de fuego de tierra, un puñado de destellos blancos que ve perderse allá abajo entre las matas mientras asciende con el motor al límite. Ve unas figuras que corren, le señalan y se van empequeñeciendo, imposibles de distinguir. *¿Quiénes serán, de los de mi lado o de los del otro?*, se pregunta, aunque esa diferencia no quiera decir nada en esos días de caos y locura en los que desde tierra se tira contra cualquier cosa que vuele. Cómo no van a hacerlo los que luchan pegados al suelo cuando ellos mismos se disparan entre sí sin saber a quién o por qué, como ha ocurrido hace *¿quince, treinta minutos, una vida?*

Escoltaba a un Breguet junto al teniente Arrieta cuando se habían encontrado con dos Nieuports que escoltaban a su vez a otro Breguet. A qué Grupo pertenecían o de qué aeródromo venían es algo que nunca llegaría a conocer, seguramente, pero en unos segundos el cielo se había convertido en un campo de batalla en el que se luchaba a muerte y sin cuartel. Nieuports contra Nieuports, aviones idénticos con idénticas escarapelas en las alas intentaban echarse encima los unos de los otros, peleando con una ferocidad de perro rabioso. Él

había disparado contra el Breguet, envuelto en una sensación de irrealidad en la que el vibrar de las ametralladoras y el áspero olor de la cordita parecían sacados de una obstinada pesadilla, pero que se había desvanecido cuando había tenido que romper al ser alcanzado por un Nieuport, que se había pegado a su cola con una tenacidad implacable. En uno de los virajes cerrados vio por el rabillo del ojo cómo un Nieuport caía dejando un rastro de humo negro, pero no pudo adivinar de quién se trataba porque otra sucesión de impactos le perforó el ala superior. *El larguero, que no haya tocado el larguero*, había pensado por un instante, arrebatado por la angustia al sentir que su rival parecía anticipar todas sus maniobras. *Cómo no iba a hacerlo, si tal vez estuvo en mi clase en Guadalajara*, se dice recordando la escalofriante firmeza y habilidad de su rival.

Otro reguero de humo, esta vez blanco de aceite quemándose cruzó por delante suyo pero no pudo reconocerlo porque detrás suyo el Nieuport aparecía y desaparecía obstinado de su retrovisor, en el que pudo ver como un destello el cumulonimbo que crecía a menos de una milla. Empujó la palanca de gases a tope y tiró con fuerza de la de mando; el avión se encabritó y trepó hasta quedar invertido. Vio cómo su perseguidor, sin duda sorprendido por ese *Immelmann* a la vez tan previsible e inesperado daba un tirón a la izquierda para esquivarlo y, satisfecho, dio a su vez un palancazo a la derecha para estabilizar el avión, que empezaba a toser por la falta de carburación. Escuchó cómo recuperaba el rugido estable, lleno de vida, y picó fuertemente hacia la nube protectora, dando miradas furtivas al otro Nieuport, que peleaba por completar el giro y ganar velocidad para perseguirlo. Contó diez, quince segundos, la masa de vapor algodonoso se fue aproximando, amenazadora y acogedora, y penetró a toda velocidad en ese mundo húmedo y protector como un vientre materno.

Una oscilación de la aguja de la temperatura hace que vuelva al presente. Marca un ascenso de apenas unos grados, pero ya ha vuelto al aire más frío de los seis mil pies y se mantiene terca en un punto más alto de lo que debería. *El radiador*, piensa. *El maldito radiador del maldito Nieuport*, murmura entre dientes. Amplio y plano cuelga por delante del tren de aterrizaje, protegido por el giro de la hélice pero vulnerable al fuego que pueda llegarle por detrás. *O por debajo*, se dice con desazón: alguno de los disparos de tierra ha tenido el azar de alcanzar el radiador, seguramente apenas una rozadura pero que está haciendo que el agua se vaya escapando en lo que imagina como una fuga silbante de vapor, invisible en el flujo del viento.

Maldita sea mi estampa, ojalá estuviera volando uno de los Hawker, dice en voz alta, y sus palabras se pierden en el cielo vacío. Trata de orientarse con el mapa que lleva sujeto en la pierna, pero las referencias del suelo son monótonas: olivares y trigales recién segados, lomas suaves sin ningún relieve que marque la diferencia, un par de pueblos de casas encaladas apiñadas junto a la iglesia. Y a su espalda la nube comienza a oscurecerse y destellar en una tormenta que le cierra el camino de vuelta a su aeródromo. La aguja del radiador marca diez grados de más y vuelve a maldecir: al radiador, al estúpido que ha disparado contra su avión por el único hecho de volar sobre su cabeza, a sí mismo y a la maldita política que ha hecho que compañeros y amigos se persigan a muerte en el cielo, se disparen y hagan que quienes han compartido tanto acaben convertidos en un montón de carne quemada en un olivar sin nombre del sur de España.

¿Cómo, en el nombre de Dios, hemos llegado a esto?, se dice. No tiene que retroceder ni dos años para sentirse como en otra vida, en otro mundo que

ahora no es capaz de recordar sin tristeza. Recuerda aquella mañana en Cuatro Vientos, con el Director General de Aeronáutica, con una constelación de estrellas de cuatro y ocho puntas al otro lado de la gran mesa de reuniones y él sudando en su uniforme de diario, *capitán Ferriol, en sus manos está la parte más delicada de esta comisión, no tenemos ninguna duda de que cumplirá con su deber a la perfección, sí, mi general* y Joaquín de pie junto a la ventana, mirándole con una sonrisa no exenta de envidia: *cabroncete, esa bicoca me estaba destinada a mí, cuatro meses en la Pérfida Albión a cuerpo de rey; venga buscar otro piloto que hablara inglés a la perfección y tenías que ser tú, Naranjero*. Habían apurado unas cervezas en la cantina del aeródromo, Joaquín zahiriéndole y acusándole burlescamente de enchufado y mimado de los generales. *Capitán García Morato, usted habrá sido mi profesor en Guadalajara pero primero sigo siendo más antiguo que usted y segundo sólo he estrellado un avión en toda mi carrera y usted me lleva dos de ventaja, así que no va a poner sus torpes manos en esos flamantes Hawker*, había retrucado, y Joaquín había aceptado la derrota entre carcajadas, haciendo con la mano el gesto de un avión que pierde el control y se estrella.

¿Sería Joaquín el tipo de antes?, vuelve a preguntarse, fijándose en una nueva oscilación de la aguja. No creía, porque las últimas noticias de su amigo lo situaban en Inglaterra. En esa Inglaterra de la que nunca había debido volver y en la que había pasado meses de absoluta felicidad. La Aeronáutica Militar buscaba un nuevo caza, y el favorito era el potente, el elegante *Fury* de la casa Hawker frente a la oferta americana de los monoplanos Boeing. El Ministerio británico, deseoso de vender sus productos, había invitado a una delegación española para conocer el día a día de un escuadrón equipado con el flamante

aparato, y aparte de Joaquín el otro piloto de caza de la Aeronáutica Militar que hablaba un inglés perfecto era él, Ferriol *el naranjero*. ¿Cómo no iba a hablar inglés si su padre exportaba naranja por toneladas a los puertos británicos, si había tenido que lidiar casi desde niño con capitanes de barco ingleses, los mismos que le habían pasado periódicos y revistas en los que se narraban las hazañas de los pilotos de la Gran Guerra que habían excitado en él la pasión por volar? De eso habían pasado años, y ahora la empresa la llevaba su hermano mayor *¿qué habrá sido de él y de madre, de Amparo y los sobrinos, estarán todos bien?*, pero ese dominio del idioma lo había llevado a aquel aeródromo de hierba, siempre verde a diferencia de la pista de Cuatro Vientos, que estaba dominado por el edificio de control, blanco y de amplias y pulcras cristaleras que había admirado y envidiado.

Habían sido semanas de intenso trabajo en el que había sido uno más en el mítico 1st *Squadron* de la Royal Air Force. Había aprendido a volar el soberbio Hawker *Fury*, apurando las prestaciones de un avión tan hermoso como eficaz, ejercitándose con los pilotos ingleses en maniobras de combate y acrobáticas que combinaba con largas horas de teórica estudiando las envolventes de vuelo y las tablas de régimen del motor. A pesar de haber nacido tan cerca del Mediterráneo no añoraba el sol cálido y brillante sino que gozaba del clima fresco, de la lluvia intermitente y de los innumerables matices de verde que podía divisar desde el cielo y, aunque los pilotos británicos le habían recibido en un principio con ese aire de superioridad tan inglés, habían acabado por considerarle como uno más entre ellos, merecedor de un apodo que en su caso había sido el inevitable *Matador*, que había tenido que aceptar en el transcurso de una ruidosa ronda de cervezas que había pagado a modo de bautizo.

Había llegado a conocer el avión, un verdadero purasangre inglés, como a su propio cuerpo, y no era raro que resultara ganador en prácticas de combate, aunque más de una vez el *Squadron Leader* Mallory le sorprendiera cayendo sobre él desde el sol y colocándose en su cola como se atrapa a un novato con seis horas de vuelo. *Beware of the Hun in the Sun, Matador* le recordaba en el *Gribble Inn* frente a las cervezas oscuras y tibias que tenía que pagarle cada vez que perdía el combate simulado, pero disfrutaba escuchando de viva voz las mismas historias de luchas aéreas en el Frente Occidental que había leído de adolescente y que Mallory le contaba, recreándose en los detalles cuando la segunda pinta comenzaba a mediar.

Un par de grados más en el indicador de temperatura. *Ahora también tengo una historia de combate que contar*, piensa, y sonrío con amargura. *Si Dios quiere*, reconoce sincerándose consigo mismo, porque la aguja sigue su camino inexorable hacia la parte roja del cuadrante. Decide virar a estribor, siguiendo un rumbo que supone le acercará a su aeródromo y le alejará de ese frente entreverado en el que las posiciones de unos y otros se mezclan con la fluidez de una mancha de aceite, y equivocarse de lado podía representar el breve encuentro con un pelotón de fusilamiento de los unos o de los otros, o la necesidad de fingir que uno se ha pasado. *Pasarme. ¿A dónde habría de pasarme, si María y los niños están allá, en el aeródromo? ¿Cómo voy a abandonarlos a su suerte si cambio de lado?* piensa. Y sobre todo, porque ninguno de los dos lados que luchan ya con tanto encono le representa en lo más íntimo de su ser. Recuerda la primera regla de cortesía del comedor del escuadrón que Mallory le había enseñado, *nunca se habla de política en la mesa, Matador*, y cómo, en sus salidas a Londres, apenas se cruzaba con algún ruidoso,

insignificante grupo de comunistas o de la *British Union of Fascists* que alterara la paz y la calma que tanto desearía encontrar de vuelta a España.

Debería haberme quedado allá, qué demonios, piensa con amargura. Tan sólo una palabra y probablemente en ese momento estaría cómodamente sentado en una oficina en Londres, cobrando un buen sueldo en fuertes libras esterlinas. Había ocurrido durante la cena de gala con la que el *Squadron* celebraba su aniversario. No había sido el único español: con su esmoquin de gala, al otro lado de la larga mesa adornada de trofeos y estatuillas de plata, estaba sentado el ingeniero Juan de la Cierva como invitado personal del *Squadron Leader*. Acabada la cena, una de esas celebraciones británicas en las que cada acto está claramente reglamentado y medido, concluyendo con el brindis leal por el rey Jorge, había compartido con el ingeniero una copa de brandy. Con la lengua tal vez excesivamente suelta por el vino y el brandy, había expresado su admiración por el autogiro, al que había visto por primera vez durante las operaciones de los sucesos de Asturias. Aunque lento, su asombrosa maniobrabilidad había hecho que nadie del Grupo, ni el mismo Joaquín, hubiese sido capaz de mantenerlo en la mira durante unas pruebas de combate. De la Cierva se había quedado un momento callado, halagado, y le había preguntado si deseaba aprovechar su estancia en Inglaterra para realizar unos vuelos de prueba en el autogiro. Había utilizado los fines de semana, sagrados para los ingleses, para acudir a la factoría de Haviland donde se construían los autogiros Cierva, y había realizado varios vuelos, sorprendiéndose de la facilidad de su manejo y de la extraña sensación que producía el fuerte salto del despegue vertical y de la gracilidad que sentía al posarse en un palmo de tierra, como una ruidosa libélula. Al final de esos vuelos, cuando esperaba que de la Cierva le pidiera que recomendara la

compra de más autogiros a los mandos de la Aeronáutica Militar, una oferta inesperada le sorprendió: *Necesito un piloto que hable tanto inglés como español, empezamos una campaña de ventas en Argentina y el resto de Iberoamérica. Tal vez le interese, capitán*, había dicho, y durante unos días dudó en aceptar el ofrecimiento, pero cuando ya estaba en la oficina de telégrafos para consultar con María si aceptarlo, salió con el borrador del telegrama arrugado en las manos. ¿Qué iban a hacer María y los niños, solos en esa tierra tan distinta, sin el apoyo de sus padres, sin hablar el idioma, sin el sol que la salud tan frágil del pequeño Andrés necesitaba? Aquello era una excelente oportunidad para él, un probable suplicio para su familia. Volvió a entrar a la oficina y redactó un escueto telegrama agradeciendo y rechazando la oferta del ingeniero.

En los últimos días de su estancia, cuando ya la morriña comenzaba a hacerle menos grata la estancia tan lejos de casa, Mallory había conseguido colarlo a hurtadillas en una visita a la fábrica Hawker en la que, además de las pulcras líneas de fabricación de los *Fury* habían admirado el prototipo de un avión que le había parecido sacado de una de esas aventuras de Flash Gordon con las que los pilotos del *Squadron* entretenían los servicios de guardia. Habían sido recibidos por el gran hombre, el mismo Sydney Camm que había diseñado los *Fury* y que había puesto mala cara al descubrir a un oficial extranjero merodeando alrededor de su prototipo. Él había admirado las líneas agresivas, la inconcebible potencia del motor y las ocho ametralladoras en las alas, y cuando un reacio Mr. Camm se había acercado a su lado, lo había felicitado efusivamente. *Ojalá podamos comprarlo en España*, había dicho con entusiasmo. *Un escuadrón completo de... ¿cómo piensan llamar a esta maravilla. Mr Camm?*,

preguntó. *Aún no está decidido, pero hay un nombre que me satisface.... Hurricane. Hawker Hurricane*

Pero España no compraría esos magníficos *Hurricanes*, ni la serie de *Furies* que estaba a punto de ponerse en fabricación, se teme. Recuerda que cuando hubo regresado a Cuatro Vientos con su impecable informe recomendando la adquisición de los Hawkers pudo ver cómo compañeros que habían sido como hermanos habían dejado de hablarse o habían llegado más de una vez a las manos. Y lo que más le dolía era que su espíritu perplejo y conciliador, *muy británico has vuelto tú*, le había valido ser tachado de *tibio* o *cobarde* por unos y otros, empezando por el teniente Arrieta, al que no soporta por su fanatismo pero que ha tenido que aguantar como compañero de vuelo mientras tenía que disparar a la tripulación del Breguet, que tal vez fueran compañeros de promoción o de destino, quizá unos buenos amigos.

Arriba España, Viva la República, el Fascio o la Hoz y el Martillo, todo símbolos y palabras vacías cuando se huele la cordita o ves arder el avión de unos compañeros que han derribado otros viejos amigos o, muchísimo peor, has acabado por derribar *tú*. Todos compañeros, todos hermanos, matándose por una palabra, por una idea; por nada. Alejarse esos pocos meses de España le había ayudado a comprenderla mejor a su vuelta, a ver cómo habían crecido los demonios de la discordia y habían ahogado como la hiedra asfixia a un árbol joven al genio y el diálogo; pero aun así siente con una angustia profunda que a pesar de todo no cambia esa tierra seca y esos olivares o los amplios campos de naranjos de su tierra por los verdes campos de Tangmere, que su fascinación por la civilizada Inglaterra, por su tranquilidad y su orden no puede desplazar ni

anular esa sed de vida, ese dolor y gozo, esa bendita maldición que corre por sus venas que es el simple hecho de nacer, de sentirse, de ser español.

El motor da una fuerte sacudida y todas las agujas del cuadro dan un respingo y caen muertas. Por el retrovisor ve un amplio reguero de vapor blanco y comprende que la fisura del radiador ha reventado y que se ha quedado sin refrigerante. Reduce gases y el motor queda casi al ralentí mientras vira a babor, reconociendo el terreno a sus pies: a unos tres mil pies se extiende una carretera entre los olivares, tal vez nada mejor que un camino de tierra pero que piensa resignado que tendrá que servir. Va trazando círculos cada vez más amplios perdiendo altitud en cada vuelta mientras el motor tose por última vez y se detiene. Con la inercia de la pérdida de altitud consigue acabar la última vuelta y encara el tramo de carretera; se ha estabilizado y nivelado para tomar tierra cuando por un lateral ve cómo adelanta a una camioneta llena de hombres armados. Ya no puede hacer nada más que posar el Nieuport con esmero, y levanta una densa polvareda cuando las ruedas tocan la superficie de tierra que va frenando el avión hasta que el patín de cola comienza a arar el terreno, deteniéndolo. Se desabrocha los atalajes y se pone de pie: puede ver cómo la camioneta se desdibuja entre la polvareda. *Que sean los que me devuelvan con María y los niños*, ruega en silencio, pero puede adivinar banderas rojas y negras, algún uniforme, ropas azul mahón. *¿Son banderas anarquistas o falangistas, camisas azules o monos de obrero?* se dice, y mientras se suelta el paracaídas y se quita el casco de vuelo comienza a paladear lo absurdo de esa situación. *A ver cómo saludas a estos*, murmura, y sabe que se va a jugar la vida a un cara o cruz en el que una palabra bastará para condenarlo o salvarlo.

Levanta las manos en dirección a los hombres armados que han saltado de la camioneta y piensa en la cara que ha de poner el jefe del grupo cuando vea a un capitán de la Aeronáutica Militar española, mono blanco y manos en alto, riendo como un niño de pie en la cabina de su avión.